

Hacia la Tercera Guerra

TRADUCCION DE ULALUME GONZALEZ DE LEON

Las reflexiones que van ustedes a leer tienen su punto de partida en algunos acontecimientos circunstanciales: la invasión y la ocupación rusa de Afganistán; la rebelión popular y el derrocamiento del régimen de Irán, a los que siguieron una combinación de anarquía y naciente teocracia; la conquista vietnamita de Cambodia, tras la exterminación de la mitad de los cambodios por "sus propios" dirigentes; la instalación de regímenes apoyados y mantenidos por Rusia en Angola, Mozambique, Etiopía y el Yemen, del Sur; la "crisis de energía", la inflación acelerada, el desquiciamiento y estancamiento del curso hasta entonces aparentemente tranquilo del capitalismo moderno.

Aparte, tal vez, del resurgimiento que tuvo en Irán la religión como factor social y político (volveré sobre esto), ninguno de esos acontecimientos constituyen, en sí, una novedad esencial significativa. Sin embargo, el paisaje histórico se ha modificado bruscamente (o nuestra imagen de ese paisaje es difícil determinarlo y, en última instancia, da lo mismo). Se ha producido una suma, o mejor; una sinergia, una multiplicación y una interacción exponencial de esos acontecimientos y de sus efectos. Es que son manifestaciones de una crisis profunda —tras una fase de relativa estabilidad entre 1953 y 1973— del sistema mundial de dominación y vuelven por eso de rebote sobre ella para agravarla. Su importancia sólo puede estimarse si se les proyecta sobre el fondo social-histórico de nuestra época: desguste creciente del tejido social y descomposición de los mecanismos de dirección de la sociedad en los países occidentales del capitalismo moderno; estancamiento interno de la sociedad burocrática rusa y brusco avance de su expansión imperialista; incapacidad del capitalismo para transformar y asimilar a fondo regiones inmensas del Tercer Mundo (países islámicos, India, África) y las crisis que de ello resultan.

La inestabilidad y los desgarramientos internos del sistema mundial de dominación son tales que nos vemos, otra vez, ante la perspectiva de una guerra mundial. No se trata aquí de formular "previsiones" acerca de la proximidad, la lejanía o un nuevo aplazamiento indefinido del estallido efectivo de esa guerra. El lector que tomara por un pronóstico lo que sigue incurriría en un serio error. De lo que se trata es de *orientarse* en una situación en que la perspectiva de la guerra se ha convertido sin duda en un ingrediente decisivo. Esto implica, como una de sus posibilidades y probabilidades efectivas, la abierta confrontación entre las dos Superpotencias, los dos Super-gangs. Esa posibilidad se convierte, otra vez, en factor conformador de desarrollos efectivos. Desde ahora —y sin duda en los años venideros— sólo es posible

pensar en la situación mundial si se toma en cuenta en primer lugar, la perspectiva de la guerra.

Nada podemos frente a este proceso que se acelera y que no tiene sentido sino frente a la guerra, cercana o diferida. Tampoco podemos nada frente a la actitud —aquí o allá, al otro lado de la cortina de hierro— de las mayorías, único factor que podría detener el proceso guerrero. Lo único que está en nuestras manos es contribuir a que sobrevivan —más allá del cataclismo que los amenaza, y lo más numerosos y vigorosos que sea posible— los gérmenes de lucidez, libertad y espíritu crítico y responsabilidad.

Ante esto, y ante el concierto de mistificaciones que ya nos ensordece —y lo que oímos es nada frente a lo que nos espera de todas partes— lo primero y lo más importante es ver claro.¹

Sin duda hay que ser dos para hacer una guerra. Pero esto no significa que el papel y la "responsabilidad" de ambas partes de un conflicto sean necesariamente los mismos. Ni tampoco que la identificación del agresor, la imputación de la iniciativa y de la responsabilidad en la provocación de una guerra, resuelvan la cuestión de los derechos y de las culpas respectivas, o la de la posición política que haya que adoptar ante el conflicto.

Volveré a esos puntos, infinitamente complejos, en la segunda parte de este trabajo. Pero es preciso subrayar desde un principio que, ante ellos, los esquemas habituales del pensamiento no solamente resultan inútiles sino que constituyen más bien un obstáculo. La ideología tradicional de la "izquierda", en particular, funciona de lleno para enmascarar la realidad echando mano de lo que aún queda de sempiternos esquemas apolillados, trasnochados, vacíos. Las invasiones rusas de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968 (que habrían desatado guerras si no hubieran sido aplastante la desproporción material entre agresor y agredido), la *conquista territorial* y la *anexión de hecho* (porque de ello se trata) de Cambodia por Vietnam, han sido ignoradas o "explicadas", con mayor o menor torpeza, conforme a los catecismos que éstos o aquéllos profesan. Pero se vuelve siempre a la misma pseudoteoría de las "causas de la guerra", a los mismos pseudoanálisis "económicos" y a la misma conclusión: la guerra es *esencia* cuando la emprenden las capitalistas (privados); es *accidente* cuando la hacen los rusos.

Lo primero que debemos considerar y explicar es que, de las dos Superpotencias que se afrontan sólo Rusia mantiene y tiene la posibilidad de mantener una política ofensiva. No fue el capital financiero el que envió a los cubanos a Etiopía, ni la tendencia a la baja de la tasa de inter-

rés la que llevó a los vietnamitas a Cambodia, ni la desvalorización del capital la que obligó a los rusos a invadir Afganistán. No fue la necesidad de defender a Rusia —tan “defendida” como es necesario desde que cuenta con la bomba H y los vectores correspondientes, es decir desde hace más de veinticinco años— la que impulsó al Kremlin a aumentar y acumular sin tregua los medios de guerra terrestres (dominio en el que ya tenía una aplastante superioridad que no ha dejado de afirmarse), a construir una flota que rivaliza con la norteamericana y, por último, a fijarse como meta, y a empezar a lograrla, la superioridad en armamentos nucleares. Esta política ha sido seguida con gran eficacia, de modo que se han acumulado armamentos gigantescos en un país que está lejos de llegar a satisfacer las que suelen llamarse necesidades “elementales” de la población, un país donde la totalidad de la economía “civil” se encuentra en un estado lamentable y en el que la agricultura —que había sido de exportación durante milenios— no basta para alimentar a sus habitantes. La alternativa “trigo o bomba H” ha sido resuelta por el Kremlin, clara y categóricamente, desde hace tiempo.

Aquí es necesario hacer un paréntesis. El “monto” de los gastos que han hecho los rusos en armamentos ni se conoce ni puede, obviamente, conocerse, como sucede con el de los gastos en armamento de los países llamados “occidentales”. Aunque hay para esto muchas razones basta con mencionar la primera: el presupuesto oficial ruso nada significa en ninguno de sus aspectos y nadie sabe, en ausencia de todo control público, qué parte de los gastos militares ha sido absorbida por los presupuestos de las distintas administraciones y ministerios. Este no es sino uno, entre tantos, de los beneficios secundarios de un régimen verdaderamente democrático fundado en esa auténtica expresión de la voluntad del pueblo: un partido único que reúne el 99.99% de los votos en todas las elecciones. Los intentos de evaluación de esos gastos, que emprenden en forma permanente los expertos “occidentales” (para llegar, por lo demás, a conclusiones a menudo inciertas) son inútiles. Lo son no sólo por la extrema incertidumbre de sus bases sino porque son *conceptualmente* imposibles. Ya la comparación en “términos reales” del P.N.B. de Francia y de Estados Unidos, por ejemplo —y aun del de Francia en 1979 y el de Francia en 1975— plantea problemas que son, en principio, rigurosamente insolubles. Sin entrar en detalles técnicos, indiquemos simplemente que el más frecuente de los métodos usados por los expertos “occidentales” para llevar a cabo estas comparaciones —estimar cuál sería en Estados Unidos el costo de la producción de la misma cantidad de armamentos de Rusia o el mantenimiento del mismo número de hombres armados, etc.— implica un problema semejante. Es cierto que hay dos datos conocidos y “teóricamente” tomados en cuenta: el mantenimiento de un soldado ruso cuesta mucho menos que el mantenimiento de un soldado norteamericano; y todo producto de alguna tecnología, por poco avanzada que ésta sea, debe costar mucho más en Rusia que en Estados Unidos. ¿Pero cuánto más y cuánto menos? La discusión no tiene sentido si su propósito es comparar los potenciales militares porque, en todo caso, debe partirse de la suposición de que esos potenciales militares (en términos de “objetos” o de entidades reales) son *conocidos*. Saber que los rusos tienen 2000 I.C.B.M.

de tal potencia aproximada y que los norteamericanos tienen 1000, con cierta proporción de “cabezas múltiples”, es un hecho pertinente; no lo es, en cambio, conocer sus costos respectivos en dólares y en rublos. Lo mismo sucede con las comparaciones globales: los “dólares” gastados por una y otra parte no aclaran si dos portaviones suplementarios norteamericanos pueden contrarrestar a cuatro divisiones suplementarias de los rusos.

Los únicos valores que aquí cuentan son los de valores de uso: cantidades y cualidades. La forma en que habrán de “sumarse” sólo se conocerá a la hora de la verdad. Lo que se sabe, desde el punto de vista “cuantitativo”, es que la superioridad de los rusos es aplastante en el dominio de la guerra “convencional” y que cuentan con una potencia nuclear igual o superior a la norteamericana. En cuanto al punto de vista “cualitativo”: no se puede pensar en una inferioridad rusa, a juzgar por lo que se pudo ver en la guerra de Kipur (armas individuales, antitanques, aviones, etc.), así como en sus ejercicios espaciales.

Terremos el paréntesis para preguntarnos cómo es posible que un país incapaz —sin mencionar el problema de su agricultura— de proveer sus comercios siquiera con armazones de anteojos y *blue-jeans*, y que debe recurrir a firmas extranjeras (capitalistas) para montar fábricas de automóviles, Pepsi-Cola y fundiciones de acero, o para obtener equipo de perforación de pozos petroleros, etc., cómo un país así puede disponer de los medios tecnológicos y productivos necesarios para tener un armamento y una industria de guerra con un *output* global superior al de Estados Unidos. Sólo hay una respuesta posible, esa respuesta es obvia y es una tautología: no hay una Rusia sino dos. No hay una “economía” y una “producción” rusas, sino dos. Por una parte, la producción, la economía y la vida de la Rusia “civil”; por otra, la producción, la economía y la vida de la Rusia “militar”. A la primera, y sólo a la primera de ellas —a la Rusia “civil”—, se refieren las distinciones y las pruebas por otra parte perfectamente justificadas, sobre la existencia de varios sectores: el sector planificado “oficial” (es el que provee a los comercios con mercancías inferiores, inutilizables o inexistentes); el sector reservado al consumo privado de la burocracia (tiendas especiales, etc.); el sector “libre” reconocido o tolerado (mercado de algunos productos agrícolas, por ejemplo), y el mercado negro. La *otra* Rusia se ha formado mediante el *desnatado* sistemático de los mejores recursos en todos los órdenes, en primer lugar, claro, de los recursos humanos, y en todos los dominios de interés para el Aparato militar. ¿Cómo? No es difícil imaginarlo: supongamos que, en Francia, se tomara al 30% de las personas que ganan los primeros lugares en los concursos de ingreso o en los exámenes finales de las “Grandes Ecoles”, para formar una casta que gozara de todos los privilegios y de un nivel de vida varias veces superior al que pudieran haber obtenido de otra manera. En cuanto a los productos “materiales” propiamente dichos, saber si el Ejército posee sus acerías especiales, sus fábricas especiales de material electrónico y hasta de telas, o si sencillamente escoge con cuidado en la producción “general” aquellos productos que pasan su *test* de calidad, es un problema secundario. Se reduce, de todos modos, a un problema de *proporciones*: el Ejército no necesita contar con sus propios plantíos de trigo o de

algodón, las fábricas de armamentos y propiamente dichas están sin duda bajo un control directo y absoluto. Por lo contrario, aquel *desnatado* contribuye a agravar el deterioro crónico de la economía "civil", esencialmente como resultado de la resistencia de los productores y de las profundas irrationalidades inmanentes a la gestión burocrática.

No incurro en un ejercicio de kremlinología, actividad irrisoria o inútil en el mejor de los casos. No digo que la camarilla militar, actualmente, tenga más peso en el politburó que cualquier otra camarilla. No es la camarilla militar lo que importa sino el Ejército como cuerpo social. Lo que cuenta son las conclusiones sociológicas que se derivan, casi inevitablemente, de este hecho: Rusia se ha convertido en la primera potencia militar del mundo, con lo que ello supone industrial y tecnológicamente, pero al mismo tiempo no consigue entrojarse con oportunidad sus ya insuficientes cosechas de trigo. Estamos ante dos mundos prácticamente separados, aunque el segundo sea el proveedor de materia prima —lo mismo carbón que soldados— del primero. Es como si, tanto la sociedad como la economía estuvieran, de manera perfecta, partidas en dos. Como si la "sociedad militar" formara una *sociedad aparte* dentro de la "gran sociedad" rusa (y esto en un grado cualitativamente diferente al del *establishment* militar en los países "occidentales"). Y dado lo que este Ejército logra extraer, como cuerpo social, de la sociedad rusa y lo que a ésta le cuesta sostenerlo, se plantea desde ahora un interrogante: ¿en qué medida la sociedad rusa es aún —como lo pensamos desde hace décadas— una sociedad dominada por una burocracia cuyo centro, núcleo, alma y agente activo es el partido/Estado? ¿En qué medida se ha convertido ya, o se está convirtiendo, en una *estratoocracia* (*stratos* = ejército), ya que como cuerpo social el Ejército asume, a través de sus capas más altas, la dirección y la orientación reales de la sociedad?

Lo que cuesta el Ejército a la sociedad y lo que ella extrae: esto es lo que debemos tener presente para que la discusión de los "gastos militares" en términos económicos cobre un sentido que no tiene, como dije, si se reduce a comparar internacionalmente poderes militares. Si tomamos en cuenta las reservas y las observaciones antes formuladas —que no nos cansaremos de subrayar— el cálculo más prudente, en *orden de magnitud*, es éste: el conjunto de los gastos militares rusos debe representar una proporción del producto social tres veces más grande que la calculada en Estados Unidos: o sea algo así como del orden del 15% del producto social, en el caso ruso, contra aproximadamente un 5% en el caso de Estados Unidos. (Observamos de paso, tomando en cuenta la diferencia absoluta en la producción de los dos países, que esas proporciones son también las que certificarían una igualdad aproximada de sus gastos "en valor".)

Para comprender lo que significa lo anterior, hay que darse cuenta de que una economía moderna, en un régimen de fuerte crecimiento (por ejemplo el de Alemania, el de Francia o el de Italia durante el periodo 1950-1973) no consagra más del 10% de su producto social a la inversión *neto*. Esta inversión *neto* se dedica al aumento de su capital y a la producción de medios de producción más allá del simple reemplazo de los medios ya agotados o pasados de moda. O sea: a lo que en suma condiciona

precisamente aquel crecimiento (todo ello "cualitativamente" y en "orden de magnitud", sin olvidar todas las reservas que suscitan la mensurabilidad del producto social, el concepto de inversión "neto" cuando se produce un cambio técnico, etc.). En otras palabras: el *crecimiento* de la economía rusa (por supuesto en el sentido capitalista del término —ya que nunca se ha intentado en Rusia más que "alcanzar y dejar atrás a los Estados Unidos") ha sido *sacrificado* al Ejército.

Estas consideraciones cuantitativas se confirman todavía más cuando tomamos en cuenta los efectos "cualitativos" del *desnatado* a que antes me referí: los ingenieros que el Ejército toma a su servicio no son quince sobre cien: son los quince *mejores*.³

Semejante "selección" no es sin duda gratuita, ni en cuanto a sus presuposiciones, ni en lo que se refiere a sus implicaciones y consecuencias internas y externas. Treinta años después de finalizada la "reconstrucción", Rusia no consigue todavía convertirse en una "sociedad de consumo" (transición que países tan pobres y tan mal administrados como España y Grecia vivieron en apenas una década). Si los países "occidentales" pueden mantener un régimen liberal, sin Gulag y sin ideas, es *también* —aunque no solamente— porque pueden ofrecer a la población "mercancías" en cantidades que cada año crecen (lo que plantearía, evidentemente, un problema de estabilidad para dichos regímenes si la falta de crecimiento se prolongara demasiados años). Desde el punto de vista del estrato dominante, una política que sigue contando más con la represión que con el embrutecimiento consumista no es, como resulta obvio, ni la única posible ni tampoco, en teoría, la más ventajosa.

No nos encontramos aquí, por cierto, en el solo dominio de las elecciones "racionales", y sería yo el último en subestimar las profundas irrationalidades, las inciertas "activas" insuperables que dominan, de lado a lado, al sistema burocrático y totalitario ruso más que a ningún otro régimen social contemporáneo. Más de una vez he dicho por escrito⁴ que la transición, en Rusia, hacia un régimen burocrático más "blando", aunque perfectamente factible en teoría, es inconcebible en la práctica. En última instancia, Rusia —tanto y más que otras sociedades— es un enorme alud que se precipita, por efecto de su propio peso y de las pendientes del terreno, y que nadie —ningún individuo, ninguna capa de la sociedad— "dirige" o puede "dirigir".

Sin embargo, en ese movimiento pueden discernirse algunas constantes, lo cual nos lleva a preguntarnos cuál puede ser el factor cuya acción —en forma consistente, coherente, ininterrumpida y por varias décadas— determina que el Ejército absorba la mejor parte de los recursos del país, la parte que al cabo de todo ese tiempo hubiera cubierto la diferencia entre el estado de penuria civil actual y el estado de una economía moderna medianamente próspera. ¿Cómo y por qué el Partido, sistemáticamente, ha hecho que aquella *sea* en efecto la elección *ex post facto*? ¿Cómo es que nunca se ha dado, en el seno del Partido, una facción que propusiera e impulsara una "política" más "política"? (Aun el episodio Jrushov no escapa a la regla: él fue quien instaló cohetes rusos en Cuba.)

La respuesta más probable a esta última pregunta es que semejante facción no habría tenido —no tuvo— nin-

guna oportunidad. Y ello se debe a que el poder efectivo, en el terreno de las orientaciones decisivas, está hace tiempo en manos del Ejército, en la cumbre del Aparato burocrático militar. (Lo cual, con toda seguridad, no era el caso bajo Stalin, por ejemplo.)

Y en un régimen totalitario del tipo del régimen ruso en su situación actual, ¿qué podría impedir a quienes tienen en sus manos los instrumentos y los medios efectivos del poder —al Ejército— tener el poder en sí? En ausencia de toda vida política, de una opinión pública con posibilidades de manifestarse, de una legalidad efectiva que determine el acceso y la sucesión en los puestos supremos, ¿qué podría actuar como contrapeso al peso real del Ejército? ¿En qué se fundaría el poder del Partido?

Es obvio que el poder del Partido nunca se ha fundado más que en lo imaginario, en todos los sentidos de este término. Más adelante volveré al punto para tratar sus aspectos más importantes. Me refiero, por lo pronto, a lo imaginario en su sentido más común y más aparente: a lo imaginario tal y como ha encarnado en el Terror y por medio del Terror, y en la Ideología y por medio de la Ideología, respectivamente.

¿Acaso hay algo más horriblemente "real" que el Terror, y sobre todo que el Terror ruso, con sus decenas de millones de cadáveres y sus víctimas recluidas por décadas en el Gulag? Pienso que no. Pero ¿cuáles fueron las condiciones necesarias del Terror? En un extremo, el más importante, la representación en millones de personas de que no podían, de que les era imposible resistir a él. Pero no es aquí mi propósito estudiar cómo pudo formarse y llegar a prevalecer esa representación ni tampoco en qué se arraiga. Solzenitzin y otros disidentes han dicho y repetido lo que sabíamos desde hace mucho tiempo, por lo menos desde La Boétie. En términos generales, el Terror no habría sido "inevitable" si todo el mundo no hubiera concurrido a él, en alguna forma, al menos en actuar como si fuera inevitable. En el otro extremo, ¿por qué fue Stalin el que hizo detener y ejecutar a Yagoda, Yejov, etc., y no se produjo lo contrario? ¿Por qué fueron los otros miembros del P.B. los que ejecutaron a Beria en plena sesión y no hubo en cambio una facción partidaria de Beria que detuviera a esos miembros antes de que se iniciara la sesión? Así como el más primitivo de los primitivos cree en su ídolo, Yagoda creía que Stalin era intocable. Brejnev, en 1964, demostró en la práctica que Jrushov no era intocable.⁵ En suma, el Partido no podría esgrimir el Terror si no fuera porque todos creen que el Partido puede hacerlo.

Bajo aquella forma, el Terror ya no existe o, en todo caso, ya no es lo que era.

Tampoco existe, desde entonces, la Ideología. Los burdos catecismos de Stalin o (en otras tierras) de Mao, independientemente de sus cualidades "intrínsecas", pudieron desempeñar durante mucho tiempo un papel social e histórico. Y siguen desempeñándolo, pero en otras partes: en África o en América Latina. Pero ya no en Rusia: nadie cree en esos catecismos, ni la burocracia del Partido ni el resto de la población. La sociedad rusa se está convirtiendo, tiende a convertirse, en una sociedad cínica.⁶ El Partido ya no es sino un simple grupo de carteristas y de arribistas autocooptados. Es, debe pretender ser siempre Todo: no es, en la práctica, Nada. En un sentido, él mismo proclamó su muerte, y de varias maneras,

el día en que dijo por boca de Brejnev: que nadie espere otra cosa, no hay ante nosotros otro socialismo, el único socialismo es el que existe ahora y aquí, en Rusia, el "socialismo efectivamente realizado". En otras palabras: el único "porvenir histórico" es este presente espantoso.

El Partido, que "funcionalmente" era desde siempre un parásito, se autoproclamó parásito histórico. Cumplió con "su misión histórica", llevar a Rusia al socialismo, es decir producir esa industrialización coja y titubeante. Y cumple del peor modo imaginable, como el mundo entero puede verlo y saberlo, con la "función" que le queda, la "dirección" de la sociedad. Por enésima vez, Brejnev se vio obligado, a fines del año pasado, a proclamar en público que todo anda más o menos mal, que la economía está estancada, la productividad también, y que todas las medidas tomadas, anuladas, vueltas a tomar, resultaron inútiles.

La única "Ideología" que sigue, o puede seguir viva, es el chauvinismo a la antigua: el único tipo de lo imaginario que conserva su eficacia histórica es lo imaginario nacionalista —o imperial—, y éste no necesita del Partido a no ser como de una máscara y, sobre todo, como de un medio de propaganda y acción, de penetración internacional. Su representante orgánico es el Ejército. Contrariamente al Partido, que se volvió incapaz de resolver el problema de su "dirección", el Ejército es una estructura esencialmente estable que, una vez libre de las interferencias nefastas del Partido, logró combinar —con un grado de aproximación bastante grande a sus modelos— la es-



Mon principal trait de me

qualité que je désire ch

La qualité que je préfère chez i

Ce que j'apprécie le plus chez m

Mon principal défaut

Mon occupation préférée

Mon rêve de bonheur

Quel serait mon plus grand mall

Ce que je voudrais être

Le pays où je désirerais vivre

La couleur que je préfère

La fleur que j'aime

tabilidad y la regularidad de un Aparato burocrático-militar de tipo tradicional con los rasgos y el "trabajo" de una burocracia moderna entregada a las tareas propias de su auto adaptación y automodificación. El Ejército es el único vector verdaderamente moderno de la sociedad rusa, y también el único sector que funciona eficazmente en ella.

Todo hace pensar que ya no es posible hablar de Rusia como de una sociedad dominada por el Partido/Estado totalitario, esa creación de Lenin que perfeccionó Stalin. Todo hace pensar que será preciso ver a la sociedad rusa, y eso cada vez más, como una sociedad *estrato-crática* en que el cuerpo social del Ejército es la última instancia de la dominación efectiva (y no solamente la última garantía del orden establecido interior y exteriormente); una sociedad que por innumerables razones, históricas y actuales, debe y deberá conservar al Partido como máscara y como instrumento al mismo tiempo indispensable y deplorable. Cada día es más notorio que el principal papel del Partido se ha vuelto, por una parte, la subdirección de la sociedad "no militar" dentro del margen permitido por las exigencias del Ejército y, por otra parte, ser el *Propagandastaffel* interior y sobre todo exterior del G.C.G. del ejército ruso. Este no puede lanzarse a la conquista del mundo en nombre de Cristo, del Zar o de la Santa Rusia: es infinitamente más rentable y eficaz hablar —como su portavoz Marchais— de "lucha de clases a escala internacional".

En la sociedad rusa, durante este periodo en que el totalitarismo de estilo antiguo (staliniano) se resquebraja y se descompone, el Ejército aparece como la única fuerza efectiva que todavía puede mantener unida a esa sociedad.

Los *Zeks*, en el Gulag, se hacían tatuar sobre la frente la leyenda: "esclavo del Partido Comunista de la Unión Soviética". Tal vez llegó el momento de descifrar ese otro tatuaje escrito con tinta invisible sobre la frente de todo ciudadano de la U.R.S.S.: "siervo del Gran Ejército del Imperio Ruso".?

La relación de las fuerzas y el desequilibrio pertinente

Ya sea que aceptemos la anterior interpretación o que nos limitemos a deducir las implicaciones de este hecho flagrante: que el P.C.U.S. ha adoptando profunda y completamente y *sacrificándole cualquier otro objetivo* una política de supremacía militar internacional, las consecuencias son las mismas tanto para el presente como para el porvenir: Rusia se entrega, de manera constante, a la expansión de su dominación directa o indirecta, y las fases de "distensión" de ese proceso no son más que momentos tácticos o pausas "obligatorias".

Los acontecimientos de los últimos años —y los más importantes, bajo este aspecto, son indiscutiblemente los *acontecimientos en Africa*, y no en Afganistán— muestran que el proceso señalado entró en una fase crítica. La invasión rusa de Afganistán no es importante "en sí" (hablo, por supuesto, sólo desde el punto de vista de la *Realpolitik*), puesto que los rusos ya reinaban en Kabul. Es importante como signo y sobre todo como *desafío*. (Es ridículo hablar, al respecto, de un "error de cálculo de los rusos"; y no porque dejen de cometer errores, y a veces garrafales, sino porque se sabe muy bien

que contaban con provocar fuertes reacciones norteamericanas.) Muestra que los rusos están decididos a continuar su expansión cada vez que se les presente la oportunidad de hacerlo —y sobre todo a demostrar, así fuere matando a diez millones de afganos, que su dominación (directa o ejercida por conducto de sus lacayos locales) una vez establecida es *absolutamente irreversible*. La demostración constante de la irreversibilidad de la dominación ruso-comunista una vez lograda, es una cuestión de vida o muerte para ese régimen; puede decirse que reemplaza la seguridad que le proporcionaban anteriormente las "leyes de la historia" en cuanto a la inevitabilidad del "socialismo" (por supuesto, dialécticamente, los tanques rusos no son sino una etapa y un instrumento de la Razón de la historia y de sus leyes).

La condición necesaria a esta política es que los rusos se sepan los beneficiarios de una considerable superioridad en el terreno de "la relación de las fuerzas", y que sepan que los norteamericanos también lo saben.

El ridículo discurso que sostiene (rara vez inocente) sobre el "cerco" puesto a Rusia, la inseguridad y la angustia de los pobres inquilinos del Kremlin, etc., así como las delirantes declaraciones de los estrategas, profesionales y *amateurs*, acerca del "equilibrio del terror", la D.M.A. (destrucción mutua asegurada), etc., encubren los aspectos sobresalientes de la situación, que saltan a los ojos de todo individuo sin prejuicios, a saber:

1. Que en todos los niveles, más allá de una guerra nuclear total, ni hoy, ni desde hace ya mucho tiempo, hay "equilibrio" en la relación de las fuerzas, sino un enorme desequilibrio en favor de la U.R.S.S.
2. Que esa situación, muy "naturalmente", es explotada por los rusos a medida que se van presentando las ocasiones de hacerlo o cuando se prestan a ello los acontecimientos;
3. Que esa situación, cuya rectificación es prácticamente imposible para los norteamericanos, propicia la llegada a extremos nucleares;
4. Que en el nivel de una confrontación nuclear, y dado el estado actual y previsible de las tecnologías y de los medios disponibles en ambas partes, las nociones de "equilibrio" y de "desequilibrio" no tienen sentido alguno;
5. Que tanto el proceso que lleva hacia la guerra como la forma en que habría de llevarse la guerra misma escapan aquí y allá a las posibilidades de un "control racional", superan a las capacidades de los Aparatos dirigentes;
6. Que no basta en absoluto con que se puedan concebir los efectos de una guerra nuclear para suprimir la posibilidad efectiva de dicha guerra.*

La superioridad aplastante de los rusos en el nivel infranuclear es tanto militar, en el sentido estricto del término, como militaropolítica.

En el terreno de lo militar, la situación es conocida por todos; datos y cifras infestan todos los periódicos y sería inútil repetirlos. La superioridad rusa no es sólo la superioridad, en líneas generales, de una potencia; es también una superioridad estratégica, y el "cerco" de Rusia tiene justamente el sentido contrario al que le atribuyen los filántropos pro-rusos: se trata de una posición *central*

(análoga a la que confirió a Alemania grandes ventajas durante las dos guerras mundiales) que permite a los rusos actuar "según las líneas interiores".

Europa sigue siendo una garantía potencial en manos de los rusos. En una guerra "convencional", dados el poder del Ejército ruso, su masa, la proximidad de sus bases y de sus reservas humanas y de material bélico, las divisiones rusas llegarían a Biarritz en unos cuantos días. Hoy, como hace treinta años, el mosaico de las divisiones de la O.T.A.N. estacionadas en Europa con sus armamentos, equipos y logísticas descoordinados y realmente babélicos, no podría ofrecer a los rusos, en el mejor de los casos, más que focos de resistencia. Y aun esto supondría que esas divisiones quisieran combatir y pudieran hacerlo. ¿Qué ejército es posible organizar en un país — como Francia o Italia — en que del 15 al 25%, tal vez, de la población preferiría combatir del otro lado o, en todo caso, no combatir contra ese otro lado?

Ni militar ni políticamente puede modificarse la situación en un futuro previsible. La instalación de armas nucleares tácticas en Europa — decidida en principio a fines de 1979 y cuyo solo inicio llevaría varios años — sólo corregiría en parte el fuerte desequilibrio favorable a los rusos, que se da hoy en ese terreno también. Y esto, de acuerdo con la hipótesis idiota de que los rusos se limiten a contar los misiles Pershing a medida que vayan llegando y se abstengan, por la linda cara de Giscard, de conservar la ventaja que ya tienen.

En suma si no se utilizan armas nucleares tácticas, la superioridad "convencional" de los rusos es aplastante; y si se utilizan, los SS-20 los Backfire de los rusos ya representan para éstos varios años de una ventaja que mantendrán, pues es de esperar que respondan a las recientes decisiones de la O.T.A.N. con el aumento correspondiente de sus propios medios. La única protección de Europa siguen siendo los silos de I.C.B.M. en Estados Unidos, y los Polaris. Llegar a los extremos, por lo tanto, es algo que está implícito en la "lógica" de la situación.

Tal situación no priva sólo en Europa. En muchos otros puntos, los rusos pueden — directamente o por conducto de cubanos, etíopes, yemenitas o vietnamitas — contar al mismo tiempo con su poderío militar "convencional", su posición geo-estratégica central y su "política", es decir la utilización de los partidos "comunistas" locales o de los "movimientos de liberación nacional". Así han podido ya instalarse en tres países africanos (Angola, Etiopía, Mozambique) y es posible que puedan hacerlo muy pronto en un cuarto país (Rodesia), como lo hicieron en Yemen del Sur y tal vez lo hagan mañana en Yemen del Norte. Los norteamericanos han sido, y tal vez sigan siendo, incapaces de responder a esta "táctica del salchichón". (Hasta el momento, las pocas retiradas rusas son más bien beneficios aplazados que fracasos: Egipto y Somalia.)

No tiene sentido prolongar esta discusión después de la invasión rusa de Afganistán. Lo que tiene sentido es insistir sobre un punto: vistas así las cosas, el asunto de Afganistán nada tiene de "local". Corrobora una verdad general que siempre ha sido obvia y que, desde la última Navidad, sólo escaparía a un ciego. Si el impulso adquirido en la expedición afgana hubiera llevado a los rusos hasta Irán o Paquistán (cosa que ni siquiera se planteaba, pese a la profunda preocupación del señor Mitterrand y

al súbito descubrimiento de los "mares cálidos" por las diversas categorías de charlatanes occidentales), los norteamericanos no hubieran podido hacer nada en el terreno de una resistencia local. No les hubiera quedado más salida que la guerra total.

El problema fue discutido en un reciente informe del Pentágono, el informe Wolfowitz, un informe "secreto" del que no obstante fueron publicados hace poco algunos pasajes (*International Herald Tribune*, 15/11/80) por el periodista norteamericano W. Safire (ex "escritor fantasma" de los discursos de Nixon y conocido "halcón" de inteligencia medianamente baja). Según el informe Wolfowitz, habría que establecer "si Estados Unidos tiene la capacidad militar necesaria para proyectar fuerza" ("project power") "en el Golfo" (el Pérsico) "en caso de que los soviéticos avanzaran hasta Irán o los campos petrolíferos árabes". Es evidente que el problema es otro. Lo que cabe preguntarse es qué podría hacer Estados Unidos, ya disipada la fantasmagoría islámica y hartos de Suratas los desocupados de Teherán, si el caos iraní condujera a una abierta confrontación entre las fuerzas de los dos papas, como diría el difunto José Stalin: el Partido Tudeh (comunista) por una parte, y los tenientes-coroneles del Ejército iraní por otra.

La conclusión del "informe Wolfowitz" es, al parecer, que las fuerzas norteamericanas no podrían oponerse a la ocupación militar de Irán por los soviéticos si Moscú "decidiera aprovechar una coyuntura histórica para cambiar el equilibrio mundial" (*ib.*) Uno de los corolarios de las conclusiones de ese informe es que, "para imponernos en un escenario iraní, podríamos vernos obligados a amenazar con echar mano de armas nucleares tácticas o, efectivamente, a utilizarlas". Nuestra admiración nos deja una vez más boquiabiertos frente a los I.Q. de los expertos militares. Si los rusos quisieran provocar en seguida la Tercera Guerra Mundial, ¿qué necesidad tendrían de tomar el atajo de Irán? Y si no quieren provocarla, ¿por qué ocuparían a Irán directa y militarmente? ¿De qué sirve el Partido Tudeh? ¿De qué sirven los voluntarios cubanos (y tal vez, muy pronto, yemenitas para operaciones en tierras árabes o musulmanas)? Pero supongamos que efectivamente los rusos intentaran la ocupación militar de Irán o de Pakistán. Si el Pentágono decidiera responderles utilizando armas nucleares tácticas, lo más probable es que los rusos conservaran su ventaja (basta con pensar a qué distancia están situadas las respectivas bases a partir de las cuales operarían una y otra parte). Pero, sólo un demente podría concebir que semejantes operaciones serían limitadas en cuanto al espacio geográfico y por consiguiente en cuanto a los medios empleados.

En verdad, tanto el "informe Wolfowitz" como lo que sabemos por otras fuentes de la "estrategia" norteamericana, prueban que el Pentágono sigue mostrándose incapaz, como era de esperarse, de comprender las lecciones de Vietnam, los países africanos y aun la de Afganistán (a pesar de la admirable resistencia del pueblo afgano): a saber, que las "tramas" rusas no son tramas militares sino socio/ político/nacional/militares. Y si es incapaz de verlo es porque para él, en líneas generales, el conflicto social (deformado y explotado por el totalitarismo comunista) sigue siendo una falaz invención marxista. Pero sólo la naturaleza de esos escenarios da un

sentido al caso de Irán, como lo dará tal vez mañana al de Turquía, como lo dio hace cinco años al de Portugal (lo cual, por lo que sabemos, no se aplica al actual caso de Pakistán).

En cuanto a los tramas militares "convencionales", del lado norteamericano están al borde de lo grotesco. El cálculo oficial del Pentágono es que se necesitaría un mes para colocar a 20 000 hombres al pie del cañón en el Golfo. (A los rusos les bastó una semana para introducir a 80 000 en Afganistán —claro, están "cercados".)

Pero aun doblando en número ese contingente y reduciendo el tiempo a la mitad, no salimos de lo irrisorio —o de lo "simbólico" (la "semiótica", como dice un buen general francés que volveremos a encontrar más adelante). Los 1 800 *marines* que Carter quiere enviar al Golfo en navíos norteamericanos son, efectivamente, simbólicos —como la guarnición de Berlín Occidental. ¿Pero qué simbolizan? Una cosa y una sola: que un ataque desencadenaría el holocausto. Sería falso afirmar, como Sáfir en el artículo citado: "los rusos saben que Estados Unidos recurre al bluff: Estados Unidos no está punto de desencadenar la Tercera Guerra Mundial para "salvar a Irán" o para "salvar el petróleo del Oriente Medio". Los rusos pueden muy bien imaginarse que "saben" eso. Lo que hará Estados Unidos, nadie lo sabe (ni lo saben, mejor que otros, el Pentágono o el Presidente); y el problema *no radica* en saber lo que hará ante la expansión rusa, que no está por cierto destinada a terminar en Afganistán. El problema es saber cuándo considerarán los

norteamericanos que la acumulación de ventajas "locales" por parte de los rusos es una acumulación "global", y qué sucederá entonces.

En cuanto al "equilibrio del terror" nuclear, los cálculos exquisitos de los expertos carecen de interés ante los hechos masivos y conocidos. A partir del momento en que ninguno de los adversarios disponga o pueda disponer de una ventaja, ya sea cuantitativa, ya sea "tecnológica", pero indiscutiblemente obvia y admitida como tal por el otro adversario (por ejemplo, la posibilidad de un ataque preventivo de precisión "quirúrgica" que aniquilara por adelantado la casi totalidad de la fuerza de represalias del otro), el problema de saber si los rusos pueden atomizar a doce mil millones de personas y los norteamericanos sólo a once poco importa: la tierra, ay, no alcanza a tener cuatro mil millones de habitantes. Simplemente observemos de paso que la presunta "paridad" discutible y frágil que intentaban alcanzar los acuerdos S.A.L.T. II consistía en congelar la situación tal como hubiera sido en el momento en que la curva rápidamente ascendente de la fuerza nuclear rusa intersectaba a la curva, ascendente apenas, de la fuerza nuclear norteamericana. Podemos dejar aquí de lado otras múltiples cuestiones relacionadas con el S.A.L.T. II, sus medios de verificación y sobre todo su inserción en un cuadro general que no es de "equilibrio" sino de *desequilibrio*, como ya hemos visto. El hecho es que los rusos demostraron en la práctica que Afganistán les interesaba mucho más que ese tratado. De ello se puede deducir, sin duda, su justificada certidumbre de que el concepto de "paridad" o de "equilibrio nuclear" en las condiciones actuales, estrictamente hablando no tiene ningún sentido —a no ser el de permitir que ellos se erijan en campeones de la paz, que Kissinger se haga fotografiar, que Nixon o Carter se hagan elegir o reelegir—; pero también nos permite concluir que la fuerza nuclear rusa seguirá creciendo y que, como es sabido (I.H.T. del 1 y 2 de febrero de 1980), aun cuando los norteamericanos hicieran un esfuerzo extraordinario el presunto "equilibrio" sólo podría establecerse de nuevo después de 1985 —y más bien hacia 1890. (Esta situación se debe sobre todo a que los rusos, cuya superioridad es enorme en número de misiles, son ya capaces de *mirrear* esos misiles, es decir, de dotarlos de "cabezas múltiples" de reingreso en la atmósfera, M.I.R.V., como ya han comenzado a hacerlo.)

Pero el hecho esencial es otro: en el actual nivel tecnológico y de armamento, las nociones de "paridad", "equilibrio" y "desequilibrio" nucleares no tienen ya pertinencia. La evaluación de la relación de las fuerzas *en el terreno nuclear* es inútil y sólo tuvo algún sentido en situaciones (que no se dan desde hace veinticinco años) en que se produce un desequilibrio flagrante y masivo, el cual sólo puede consistir o bien en la posesión por parte de uno de los adversarios del monopolio efectivo de tal arma o combinación de armas de importancia crítica, o bien en una desproporción cuantitativa aplastante. (Por ello, dicho sea de paso, la "independencia nuclear de Francia" con que aquí se deleita el mundo político, desde los gaullistas hasta Rocard, es una triste broma. Los rusos, se preocuparían muy poco, si quisieran entrar en Francia y Estados Unidos no interviniese, al saber que

L'oiseau que je préfère
Mes auteurs favoris en prose
Mes poètes préférés.
Mes héros dans la fiction.
Mes héroïnes favorites dans la
Mes compositeurs préférés.
Mes peintres favoris.
Mes héros dans la vie réelle
Mes héroïnes dans l'histoire.
Mes noms favoris.
Ce que je déteste par-dessus tout.
Caractères historiques que je mépr.
Le fait militaire que j'admire le

Jarkov —y esto en el mejor de los casos— pudiera verse destruida.)

Dos factores hacen que carezca de sentido la noción de "equilibrio" o de "paridad" nuclear. El primero, muy conocido y ya mencionado, es que las dos Superpotencias están *más allá* del equilibrio: cada cual está dotada para un *over-kill*. En otras palabras, aunque se limitaran a atacar a ciegas, y aun *después* de haber sufrido cada cual importantes destrucciones, *seguirían* estando en condiciones de destruirse varias veces la una a la otra (así no fuera sino porque siempre subsistiría un buen número de submarinos provistos de misiles). La *masa* de medios disponibles, en ambos casos, sobrepasa tan ampliamente a la "necesaria" (!) y es tal, que resultaría fútil compararlos en el papel.

Pero dijimos que había una segunda razón, y es ésta: fuera de esas posibilidades de destrucción masiva, toda supuesta estimación exacta de las capacidades de cada adversario es absurda. Una vez abandonadas las salas en que se juega al *Kriegspiel* y se hacen simulaciones con computadoras, nos daremos cuenta una vez más, y como nunca antes, de que la guerra verdadera nada tiene que ver con los cálculos de la guerra, de que ninguna experiencia pasada podría servirnos ni muy remotamente de guía. Los problemas planteados por las circunstancias concretas del eventual estallido de la guerra, sus ritmos, el entorno político de Occidente, las velocidades respectivas de detección, reacción y activación, las precisiones, los errores parciales o totales de cálculo, razonamiento o técnica, todo ello supondría para ambas partes márgenes fantásticos de incertidumbre. (Como acabamos de enterarnos recientemente, durante años enteros una buena parte de los submarinos nucleares norteamericanos portamisiles no estaban, en realidad, en condiciones de operar efectivamente.)

Cuando hagan la autopsia de la Tercera Guerra Mundial, los historiadores del siglo XXI —si éste puede darse el lujo de tener historiadores— descubrirán sin duda que una y otra parte, en proporción al acontecimiento, cometieron un número infinitamente mayor de enormes idioteces que durante la Primera o la Segunda Guerra Mundiales, en las que sin embargo se cometieron al por mayor: Stalin no creía en los datos que lo disgustaban. Canaris no transmitía más que una parte de los que poseía, los ingleses conocían el código usado por los alemanes en sus mensajes cifrados, Hitler pospuso dos meses la operación Barbarroja, y el Estado Mayor francés no hacía en 1939 una guerra de 1914, como equivocadamente se afirma —en 1914 los alemanes ya habían puesto en práctica el plan von Schlieffen, de paso por Bélgica— sino la guerra de 1870, etc., etc.).

Estas observaciones se proponen recordar que el "cálculo estratégico racional", que aún domina todas las mentes en esta discusión es un puro fantasma, un fantasma que sencillamente lleva al delirio de pretender —como lo hacen en su discurso oficial y general los Estados Mayores, los políticos y los "estrategas"— que la "garantía mutua de destrucción" (tan adecuadamente llamada MAD por los norteamericanos), garantiza la transición hacia una "racionalidad total" de la guerra, lo cual tendría por efecto volver, en adelante, toda guerra imposible. La idea, si así puede llamarse, es que, si cada parte dispone de tal cantidad de misiles que aun to-

mando en cuenta las posibilidades de un ataque sorpresivo y el nivel técnico existente siempre sobrarán los necesarios como para infligir a la otra parte "daños inaceptables", nadie desencadenará la guerra ya que ambas partes tienen conciencia de que su resultado sería su común destrucción.

Lo absurdo de esta idea está, primero, en que ignora por completo el proceso real de formación de decisiones en los Aparatos —proceso necesaria y profundamente irracional—, como desconoce también el proceso histórico y político efectivo y la situación concreta en que se encuentran ambos adversarios. El supuesto "equilibrio del terror" implica, e implicará en el futuro previsible, un desequilibrio esencial de la relación de fuerzas más allá de la confrontación nuclear. Este desequilibrio hace que *cambe* la situación mundial efectiva —que haya cambiado, por ejemplo, en los últimos diez años— de una manera "no equilibrada"; y tal cambio, tarde o temprano, será inadmisibles para uno de los dos adversarios.

Las cosas son lo bastante trágicas como para que podamos permitirnos una nota ligera. Siguen algunas frases del general Poirier en el artículo citado: "Hemos entrado en una era de racionalidad político-estratégica obligatoria... Los adversarios intercambian constantemente informaciones sobre sus capacidades de acción y reacción recíprocas, sobre las virtualidades de las panoplias nucleares que nunca han de pasar a actos reales. Se trata de una estrategia de lo imaginario en la que los sistemas de armas sólo tienen una función semiótica (!!!)... se hacen públicos, para informar a eventuales agresores, modelos estratégicos que describen... el encadenamiento de las reacciones que serían tomadas si el adversario amenazara el santuario... Y, porque el modelo describe en forma tan convincente lo que sucedería, nada sucede".

Entonces, según el buen general Poirier, con tal de que los rusos no amenacen al santuario, los norteamericanos se quedarán quietos. Los rusos podrían instalarse en México o en Canadá con tal de que no invadieran a Nevada. Y tal vez —¿por qué no?— si los norteamericanos lograsen colocar en órbita a su Presidente, el Pentágono y las bombas, podríamos instalarnos en una paz perpetua.

Nadie puede impedir que un Estado Mayor (el "decidor") *crea* que el otro va a emprender el ataque; nada puede impedir que se imagine asomado a la ventana temporal capaz de conferirle una ventaja decisiva pero pasajera; ni que piense que un ataque preventivo de precisión quirúrgica basta para crear en seguida un desequilibrio suficiente entre fuerzas subsistentes, de modo que el atacado renuncie a prolongar la lucha. Pero si hay algo que nadie podrá nunca lograr, es convertir a la historia real en un *Kriegspiel* "semiótico", o imaginar que el contexto en que se toman las "decisiones" críticas deja un amplio margen al libre arbitrio "racional" (de todos modos inexistente) de los "decidores".

La idea de "daños inaceptables" sobre la que se funda la concepción entera es igualmente vana. Cada cual puede esperar que destruirá completamente al otro sin perder, por su parte, más que un tercio (por ejemplo) de "su" población (con lo que sobrevivirían aún 150 millones de norteamericanos o 180 millones de rusos). Los ingenios, aquellos que por hallar inaceptables los cálculos

de esta naturaleza piensan que también son inaceptables para los Estados Mayores y los jefes de Estado, deberían recordar que lo esencial de la estrategia del gran Stalin consistía, como primer paso, en cubrir los campos de batalla con cadáveres de soldados rusos, sacrificando radicalmente para ello varias oleadas ofensivas en forma de liberada y con conocimiento de causa, para que la énfasis pudiera ser eficaz. Por otra parte, no inventaba él nada nuevo ni es tal detalle el que nos deja apreciar más claramente sus aspectos bárbaros. De la batalla del Marne a la ofensiva final del verano de 1918, ese procedimiento fue esencial en la "estrategia" de los carniceros cartesianos, baconianos y kantianos, diplomados, cubiertos de galones y condecoraciones, del Frente occidental.

Pero lo que sobre todo olvidamos —a pesar de abundantes experiencias en el pasado histórico— es que ya no hay "daños inaceptables" cuando los adversarios combaten entre la espada y la pared, cuando todo ha sido apostado a un juego. Como tampoco los hay cuando no existen "objetivos de guerra" capaces de limitarlos. Si el propósito es arrancar un tributo a una población, es absurdo exterminarla; si consiste en explotar un territorio con sus habitantes, no tiene sentido devastarlo completamente. Pero en la actualidad los "objetivos" se han transformado pura y simplemente en "oportunidad de sobrevivir", lo cual suprime toda limitación impuesta a los medios. Razonamos, frente a la Tercera Guerra Mundial, como si se tratara de las guerras de Federico II o de Napoleón: deberíamos razonar en cambio, si queremos a toda costa hallar una analogía histórica, pensando en la destrucción de Cartago o en las guerras de exterminio, religiosas o de cualquier otra índole. Nos vemos hoy en vísperas de una guerra que *no será* una guerra clauswitziana¹⁰.

NOTAS

1. No he redactado una tesis universitaria ni he querido alargar demasiado mi texto multiplicando las referencias o las discusiones secundarias, respecto de la línea principal de la argumentación. En torno a cada afirmación "factual" del texto, podría hacer decenas, quizá centenares de citas. Me parece superfluo porque me refiero a grandes hechos que está uno obligado a suponer conocidos por todos los que sigan, con un mínimo de atención, la prensa cotidiana. Si alguien preguntara, por ejemplo, a propósito de la instalación de nuevas armas nucleares tácticas en Europa, qué son los misiles Pershing, los SS-20 y los Backfire —cuando la discusión sobre estos aparatos y sus respectivas características ha llenado las columnas de los periódicos desde hace seis meses—, responderé que no me pareció de mi incumbencia llenar ese tipo de lagunas de información. Más sutil sería el caso del filósofo que vagamente hubiera oído hablar de un objeto llamado Mig 25 pero no supiera que dicho aparato supera a los aviones norteamericanos similares, y sobre todo no llegara a comprender que su existencia y su producción en serie implican, en adelante y lateralmente, una sociedad *cuantitativamente diferente* a la que hemos analizado, desde hace treinta y cinco años, como la sociedad rusa "civil": carencia, ésta, de información tecnológica o de imaginación sociológica a la que tampoco puedo poner remedio. Pero no se trata de que haya trazado aquí una línea divisoria entre "gente informada" o especializada, y el resto de la gente. Los efectos de la voluntad de no ver son prodigiosos. Como lo he comprobado en la práctica, es posible ser periodista "político" y no darse cuenta, o no querer darse cuenta de la total incapacidad de las fuerzas de la O.T.A.N. en Europa para detener una ofensiva rusa llevada a cabo por medios clásicos. Ahora bien, el hecho de que las fuerzas de la O.T.A.N. estacionadas en Europa hayan sido siempre y sigan siendo incapaces de cumplir la misión "clásica" que les fue asignada en teoría, es decir de retrasar una ofensiva rusa el tiempo necesario para permitir una movilización norteamericana y el transporte a Europa de

divisiones de Estados Unidos —lo cual requeriría actualmente varios meses (!)—, ese hecho ha sido reconocido y proclamado regular y oficialmente por los responsables año tras año. (Y basta con él para apuntalar los argumentos de gran parte de este texto.)

Se trata, obviamente, de un "texto de opinión" y no veo qué otra cosa podría ser un texto que abordara los mismos problemas. O escondemos la cabeza en la arena (fuerte tentación, ya que la idea de una posible guerra trastorna en alto grado), o bien nos arriesgamos (aunque en verdad no haya riesgo, o lo habría de todos modos si dijéramos que todo esto no es tan grave o bien que la situación es singularmente enigmática) a formarnos una opinión ante los acontecimientos, sacando el mejor partido posible de la información y de nuestro criterio, y a expresarla. La vida política se basa necesariamente en la opinión, *la doxa*. No hay una ciencia de las cosas futuras y los hechos contingentes. Pero sin una *visión* de ellos, no hay ni actividad ni actividad política posibles. La filosofía, la ontología de la historia o el pensamiento del ser histórico en general y en cuanto tal no están dentro de mis propósitos.

Por último —y éste es el punto más difícil—, no todas las opiniones son igualmente buenas, ni existe un procedimiento o priori para escoger entre ellas. Lo que hay es una "facultad" originaria e irreductible de la mente —análoga a la "facultad de juzgar" kantiana y, todavía más, cercana a la *fronesis* aristotélica y mal traducida por el término latino *prudencia*; llamémosla facultad de orientarse en la historia (y antes, en la vida). Discernir, en el caos de los hechos, entre informaciones, tendencias, posibilidades, argumentos, razonamientos, objeciones y contra-objeciones, lo que cuenta y lo que no cuenta, lo que es muy probable y lo que sólo lo es muy poco, el factor que tiene o puede adquirir un peso decisivo o el que puede ser ignorado o juzgado secundario —todo ello revela una aptitud que poseemos todos en mayor o menor grado y que sin duda se desarrolla considerablemente con la experiencia, el interés, el roce con un asunto, la posibilidad de discusiones libres, pero que no es reducible a procedimientos "racionales". El griego moderno lo expresa diciendo que alguien "comprende de qué se trata". Proust le consagró algunos bellos renglones cuando habló del diagnóstico del gran clínico, de la intuición del jefe militar, del olfato policiaco. La "facultad de juicio" es la capacidad de someter el caso a la regla; pero aquel que, ante un enfermo, enumere mentalmente todas las enfermedades que ha estudiado en nosología, no es ni será nunca un médico. Y quien objete, a propósito de los problemas discutidos en este texto, que no se ha hablado en China y de Japón, será de esos que "no comprenden de qué se trata".

2. Ver, por ejemplo, en el número 7 de *Libre*, el artículo de G. Duchêne: "L'officiel et le parallèle dans l'économie soviétique", pp. 151-188.

3. Para el lector distraído, recuerdo y subrayo que mi argumentación *no tiene* por base la proporción de los gastos militares. Estos, en Estados Unidos, podrían llegar mañana al 20% del P.N.B. sin que el hecho, en sí, modificara la "naturaleza" de la sociedad norteamericana. Si aquí se invoca la dimensión económica es *únicamente* para mostrar que hay una *opción* sistemática, tomada y seguida, y que esta opción cuesta muy caro y sería incomprensible si no se insertara en opciones más generales de política, tanto interior como exterior, que a su vez contribuyen fundamentalmente a formar a la sociedad rusa. Inútil precisar que cuando hablo de "opciones" no pienso en decisiones exactas y "racionales" tomadas por jugadores de ajedrez.

Fundo mi argumentación en la diferencia *cuantitativa* —indiscutible, a menos que haya mala fe— de la producción y del funcionamiento *efectivos* de la "sociedad militar" y de la "sociedad civil" en Rusia. No se compran Mig 25, SS-20, Backfire o Soyuz en los supermercados, ni en Moscú ni en Nueva York. Pero lo que se compra en los supermercados de Nueva York es cualitativamente semejante a lo que se produce para el Ejército, y, *grasso modo*, funciona o no funciona en un mismo grado. En Rusia, en cambio, un conocido abismo cualitativo del que continuamente dan fe las publicaciones rusas *oficiales* separa a los dos sectores. De allí que la idea de un excesivo *almacenamiento* militar ruso (tras la experiencia de 1941-45, los dirigentes militares rusos acumularían cuantos medios fuera posible en tiempo de paz, conscientes de que su producción y reemplazamiento son muy difíciles en tiempo de guerra), sin ser falsa, nada aclara, no explica el *explicitandum*: que en uno de los sectores, el "militar", todo parezca andar más o menos a la perfección mientras que en el otro, el sector "civil", todo es caótico y se viene abajo.

Es imposible instalar, *sin más*, una fábrica que produzca Mig 25. Tal fábrica no es *materialmente* posible más que como un elemento de un subconjunto bastante "completo" —de una "submatriz"— de la producción, más o menos *separable* del resto (con la excepción de algunos *inputs* primarios), provisto de decenas si no de centenares de "ramas"

que funcionan, todas, en un nivel cualitativamente diferente al de la industria "civil". Se sabe, más o menos, cómo funciona una fábrica rusa común. Se puede tener la certidumbre categórica —con sólo ver los *outputs*— de que las fábricas del material militar y de todo lo que éste exige, por poco que sea, para su producción, no funcionan como aquella otra. Y, para limitarse a citar una de las innumerables implicaciones de lo anterior, también puede observarse en esas fábricas una actitud totalmente diferente en los obreros. Si el cambio de actitud se consigue únicamente por medio de salarios más elevados y de otros privilegios, sería un punto más que explorar.

Hay que comprender asimismo que lo esencial de este asunto no es la capacidad que tengan los rusos de "inventar" (o "reinventar" o "copiar" o "robar" a los norteamericanos) tal o tal producto. Como es sabido, las informaciones requeridas hoy para fabricar una bomba atómica son del dominio público, y un estudiante de física podría producirla por medios artesanales si dispusiera de una pequeña dotación de materia fisionable. Lo esencial del asunto es la producción industrial de una enorme masa de productos que requieren una alta tecnología aplicada y que funcionan.

Esas consideraciones son también las que invalidan toda contraargumentación fundada, por ejemplo, en la Alemania nazi. Por supuesto, desde 1933 Hitler aumentó considerablemente los gastos en armamento; pero todo lo que necesitaba hacer para equipar a la *Wehrmacht* era, sencillamente, dar otra orientación en cuanto a sus productos finales a una parte de la industria alemana, sin recurrir a ningún otro cambio.

4. La última vez, en "Le regime social de la Russie", *Esprit*, julio-agosto de 1978.

5. Subraye ese aspecto —constante, por lo demás, en los regímenes tiránicos y admirablemente observado por Shakespeare, sobre todo en *Ricardo II*— en "La chute de Khrouchchev", *Socialisme ou Barbarie* No. 38 (octubre de 1964).

6. Cf., "Le régime social en Russie", ya citado.

7. En cuanto al Ejército como cuerpo social y la "sociedad militar," es posible que el sociólogo frunza el entrecejo: ¿qué es un cuerpo social? ¿Dónde ha definido usted ese concepto?... Se dice en francés "esprit de corps", "corps de métier", etc., y discutir una expresión no me interesa. En Rusia —por lo menos esa es mi tesis y para discutirla hay que entenderla— hay una realidad social-histórica nueva. Quien piense, al oír la palabra "ejército", en los *condottieri*, los lansquenets y los oficiales de Courtenay, no entenderá gran cosa. ¿Cómo definir al Ejército ruso de 1980? Como "Ejército ruso de 1980". Para abordar este punto, hay que pensar primero en la realidad del gran Ejército moderno (de hecho, sólo existen uno y medio: el ruso y el norteamericano, cuyo "despliegue" no ha llegado a ser total). No se trata de oficiales y soldados, sino de un aparato técnico-burocrático-industrial enorme, cuyo lado técnico-industrial es cada día más importante. Dentro de él, ser un "buen oficial" no consiste en mantener en estado impecable los equipos de la compañía, ni en conducir al combate soldados que empuñan un arma: consiste en participar, en función de una especialización y de una calificación técnicas, en la gestión de un inmenso *multi-trust* que abarca innumerables actividades cuya continua coordinación es esencial. En Rusia, algo así como veinte millones de personas activas (tal vez quince, tal vez veinticinco, pero no unas cuantas ni tampoco cien millones) forman parte de ese *multi-trust* (no incluyo, por supuesto, a los "soldados"). Se dice que hay (*Le Monde*, 7/11/80) 100 000 especialistas en guerra química: sólo en guerra química; ("industria" que "consume" muy poca "mano de obra" para su "producción"). Si la cifra fuera de 50 000 o de 150 000, no habría ninguna diferencia. Discutir esa realidad en términos de "Ejército profesional o no" demuestra incomprensión del problema. Los siglos XVIII y XIX quedaron atrás. Estamos más allá de la distinción entre "Ejército profesional" y "Ejército de reclutamiento", etc. Segundo punto: ese cuerpo social, ese "Ejército" que es un *multi-trust*, en Rusia, y tomando en cuenta otros aspectos del país, no es ni puede ser simplemente un sector cualquiera yuxtapuesto a los otros; es una sub-sociedad, una sociedad aparte, la "sociedad militar" (en el sentido más amplio, claro está, del término "militar") —y no lo es, por ejemplo, en Estados Unidos. ¿Por qué? Porque en Rusia es cualitativamente diferente del resto de la sociedad; porque es el único —repto: único— sector y cuerpo moderno de una sociedad coja, el único que sea funcionalmente eficaz y, cada vez de manera más notable, el único "ideológica" (o imaginaria) mente eficaz por ser la encarnación orgánica y "natural" de la ideología o de lo imaginario nacionalista, de la gran Rusia "imperial", mientras que la ideología del Partido es cada día más insignificante. Si (y a pesar de que) la "imagen de Stalin" ha vuelto hoy a circular, hay que comprender que funciona en la misma línea de Iván el Terrible o de Pedro el Grande: como figura del su-

puesto vencedor de la "gran guerra patriótica" y del fundador del poder mundial de Rusia, y ya no como figura del autor de *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*.

Desde hace cincuenta años el Partido trata de organizar y de moderar a la sociedad, fracasa lamentablemente y lo confiesa. En otro dominio, no fracasa: en el dominio militar. ¿Cómo y por qué ese milagro? Respondo que el Ejército ruso —esa sociedad militar— es lo que es desde hace treinta años, lo cual sólo fue posible a partir de una auténtica liberación del dominio del Partido, de sus interferencias, de sus falsas estadísticas, de sus nombramientos hechos exclusivamente en función de la adhesión a tal clan o camarilla políticas, etc. Y no porque tales fenómenos no se produzcan en el Ejército: los hay, como en todo sistema burocrático, pero en un grado cualitativamente diferente. El Partido vive de la perpetua falsificación de la realidad; y la carrera de todo burócrata individual depende, no de sus "rendimientos" reales, sino de su eficacia como falsificador; todo lo cual no es ni puede ser el caso del Ejército, tal como es y funciona hoy el Ejército ruso.

Volveré detenidamente, en la segunda parte de este texto, a la cuestión del "poder" y de las relaciones efectivas entre el Ejército —la "sociedad militar"— y el Partido, y al mismo tiempo al problema de las antinomias internas de la sociedad rusa actual y de su dinámica.

8. Los datos relativos a la relación de fuerzas Rusia/Estados Unidos son del dominio general.

La marina de guerra rusa, prácticamente creada *ex nihilo* hace veinticinco años, no tiene sentido ni por su tamaño ni por su composición si no es en función de operaciones ofensivas (y no me refiero aquí a submarinos provistos de armas nucleares, ni a fuerzas anti-submarinos nucleares). Abrevio una discusión muy compleja y finalmente vana sobre el punto: no cabe duda que la distinción entre armas (o complejos de armas) "defensivas" y "ofensivas" no tiene sentido en múltiples niveles, pero lo tiene en otros. *Grosso modo*, en función de su territorio, de su posición geográfica, de su ejército de tierra, Rusia ha sido y es inatacable e incontestable por medios "clásicos". Y, dada la situación general y sobre todo política de Occidente, un ataque nuclear de iniciativa norteamericana no provocada es y sigue siendo impensable, desde el momento en que los rusos alcanzaron la "paridad nuclear" suficiente en cuanto a necesidad/uso (es decir, desde la segunda mitad de los años 50). Pero fue justamente entonces cuando los rusos empezaron a formar una considerable flota de superficie (que en nada cambia el equilibrio termo-nuclear), que sólo tiene sentido como refuerzo y apoyo de operaciones ofensivas locales, o bien, y sin duda, en la perspectiva de una guerra total.

En cuanto a las armas nucleares, se sabe que los rusos habían alcanzado ya entonces una gran superioridad en número de misiles, compensada por el hecho de que los misiles norteamericanos estaban "mirveados" (dotados de cabezas múltiples de reingreso en la atmósfera). Tal era la situación que se trataba de "congelar" con el S.A.L.T. II. Pero se sabe también que los rusos ya están en condiciones de "mirvear" sus misiles: lo cual, equilibrado el resto y sin S.A.L.T. II les conferiría rápidamente una superioridad estratégica indiscutible en ese dominio. Más aún, "el Pentágono estima que a principios de la década de los 80 los misiles de ataque soviéticos serán suficientemente numerosos y precisos (*accurate*) para destruir un gran porcentaje de los misiles norteamericanos *Minuteman* en un ataque sorpresivo. El Sistema MX (desplazamiento continuo de los misiles norteamericanos sobre grandes extensiones de terreno y redes previamente preparadas, de modo que el atacante no sepa en qué "silo" se encuentra cada misil en un momento dado) intenta restaurar el equilibrio estratégico norteamericano-soviético. El G.A.O. (*General Accounting Office*, una especie de *auditing* que depende del Congreso y no del ejecutivo norteamericano) ha afirmado que, sin las limitaciones contenidas en el S.A.L.T. II, los rusos podrían amenazar aun al sistema MX. En tal caso, afirma el informe, Estados Unidos tendría que ampliar el sistema MX, mediante mayores inversiones, o bien conceder a los rusos la superioridad estratégica que dicho sistema trata de evitar... Si el programa actual pudiera ser mantenido, el primero de los misiles MX que quedaría colocado en 1986, y el conjunto de 200 sería utilizable en 1989" (*I.H.T.*, 8-9/11/80). Añado que las estimaciones de los costos iniciales (33 mil millones de dólares) son demasiado bajas para el G.A.O. y que, en su opinión, habría que reemplazarlas por una cifra que se acercara a los 60 mil millones de dólares. El problema, para Estados Unidos, está lejos de radicar en los dólares gastados; está, según el G.A.O., en que aun la segunda cifra no es fiable "porque todavía no se toman las decisiones fundamentales en cuanto a la manera de proceder al despliegue de misiles"; y también está, según al mismo informe, en que "el Departamento de la Defensa parece no haber establecido prioridades para el caso en que todos los programas considerados no recibieran en forma

